

Parece que un día a alguien se le ocurrió decir algo así como: la razón de la sinrazón que de mi razón se hace. Bueno, si no fué así, precisamente, ¿qué más da? Y si tampoco es recordado el nombre del autor de tal juego de palabras, ¡que le vamos a hacer! Para el caso, no tiené importancia.

Entonces, se dirá, ¿para qué, todo esto? A ésto, precisamente, a no tener importancia, a no hacer caso de nada. Que esto equivale a decir que lo que tenemos dentro de la cabeza nos sobra, como nos sobran otras tantas cosas. Ya desde mucho tiempo también nos dijeron que el apéndice en el sistema intestinal nos sobraba, y desde entonces se viene estirpando a muchos pacientes o usuarios.

La razón de la sinrazón... No, no. No se vuelva a las andadas. Porque entonces se quedará saber la razón del anuncio de unos días determinados para cierto servicio público y que luego, en realidad, resultaron muchos menos de los que heran antes de anunciarse. No, no. Preferible parar la máquina cerebral, ahora que vivimos en plenas restricciones, y así quizá no tendremos que recurrir a los fosfatos.

Y si gastamos menos energías sensoriales, a buen seguro que tendremos cerebro para mucho tiempo. Y si tenemos cerebro para mucho tiempo, tendremos, igualmente, vida extensa que es lo que se trata de demostrar.

Habemos contribuído, entonces, a salvaguardar este don precioso que es la vida, que tratándose de un don de Dios, es el más respetable de todos.

Ómnico

SAN FELIU DE GUIXOLS 30 DE ENERO 1958 - NÚM. 518 - AÑO XI

La amortización de Artesanos y la cuestión social



Tres meses hace que un radiotécnico transformó mi receptor, quedando encargado el ebanista de construirme el mueble adecuado para el caso. Todavía está sin construir.

El hombre trata de calmar mi natural impaciencia con toda clase de argumentos pero el esencial no es otro que el de sufrir un exceso de trabajo al que debe acudir antes que complacerme a mí.

Hace unos años había dos boteros en mi pueblo. Ahora no hay ninguno, y también han desaparecido los de la vecindad.

De tres herreros que hubo no queda mas que uno, que debe acudir además a un pueblo vecino. Carecemos de lampista, y no de electricista porque alguien se ha metido a ello con menos acierto que buena intención.

Como el mal no es propio de mi tierra sino que, previos los oportunos comentarios, puedo afirmar tiene una proyección general, bien puedo escribir de una indudable desaparición o amortización de oficios artesanos. ¿Causas?. Una muy clara:

Todo oficio artístico requiere unos años de aprendizaje en los que prácticamente no se gana nada. Lo peor, es que, además, no sólo no se rinde sino que se estropea material y se perturba la normal actividad del maestro o maestros a cuyo lado se inician los primeros balbuceos.

En una época en la que existe poco amor al trabajo siendo considerado esencialmente como medio de ganar dinero, un artesano establecido resiste aceptar aprendices que perturbarán su labor durante una larga temporada y que muy posiblemente le abandonarán para colocarse dónde puedan cobrar algo en la primera época de rendimiento —época de compensación— para llegar tal

vez a convertirse en competidores años más tarde.

Del otro lado, las dificultades económicas del momento motivan que la llegada de un muchacho a la edad laboral sea advertida por sus padres como medio inmediato de ganar dinero, sin ningún deseo de sustentarle años años más mientras penetra en los secretos de una actividad artesana.

Vivimos aún de lo conseguido en años de mayores facilidades de vida, junto a la circunstancia de que la mayoría de los hijos de artesano, generalmente ayudan al padre en su labor al no producirse ninguno de los inconvenientes señalados. Pero se advierte ya una carestía que irá agudizándose, seguramente hasta el momento de una crisis en la que se iniciará el fenómeno contrario.

Durante la primera guerra europea los boteros ganaron sueldos elevadísimos por su limitado número frente a un exceso de trabajo. Actualmente los albañiles se encuentran claramente frente a una coyuntura parecida. Los carpinteros, ebanistas, herreros, lampistas, etc. se aprestan a aprovechar unas circunstancias semejantes; que llegarán, y muy pronto.

Lo inmediato pués, lo que se palpa, es la escasez de gente artesana ducha en los mil secretos de su actividad. En las ciudades es corriente la fabricación en serie. En este respecto la producción está garantizada. Pero yo me refiero al artesano de pueblo capaz de solucionar todos los conflictos aparejados a su actividad y que nunca se hubiera resignado a limitar su labor a una sola y elemental de sus facetas.

Este artesano es el que desaparece; un hombre de la clase media que cede el paso al obrero elemental con toda la gama de complicaciones que ésto trae consigo, pese a una evidente mejora en la productividad.

La circunstancia no es baladí. Se presta a multitud de reflexiones a los que invito a entrar al lector al que preocupan las cuestiones sociales.

Antonio Miralles Manresa